



Claudio Elórtegui Gómez
Doctor en Comunicación
Director Escuela de Periodismo
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

“*Teníamos la oportunidad como región de honrar a las víctimas y sus familias, construyendo en El Olivar una nueva población desde las cenizas, con un Estado que pudiera articularse con la enorme solidaridad evidenciada por la ciudadanía”.*

Indolentes

Como país, lamentablemente, se nos ha hecho habitual padecer los devastadores efectos de los incendios. Si bien han formado parte de nuestra historia regional, al igual que los terremotos, son desastres que causan dolorosas pérdidas humanas que siempre nos conmueven. Además, el origen intencional de estos eventos y su posterior descontrol, nos golpean por la dimensión que puede adquirir la maldad humana. Esas mentalidades criminales terminan por estimular la fuerza de la naturaleza para la destrucción de todo lo que se interponga.

A un año de los desoladores efectos causados en Viña del Mar, Quilpué y Villa Alemana por la irracionalidad del denominado Caritel del Fuego, surge también otro rasgo para analizar. Por desgracia, uno que se ha hecho recurrente, independiente del color político de quien esté en el gobierno o la institucionalidad de turno que enfrenta la crisis. Me refiero a la indolencia, como concepto para apelar a aquellos que, teniendo las facultades para mitigar ese dolor desde la reconstrucción y la gestión, no lo hacen desde innumerables justificaciones.

El diccionario de la Real Academia define la indolencia como “cualidad de indolente”, en tanto, indolente es referenciado como: “1. Que no se afecta o conmueve”, “2. Flojo”, “3. Insensible, que no siente el dolor”. Algunos sinónimos que la misma RAE entrega a cada una de estas definiciones de indolente son: “apático, abúlico”; “perezoso, negligente, desidioso”; “insensible, impasible, inmovible”.

A propósito de estos términos, me quiero concentrar en uno de los sectores más perjudicados por el mega siniestro, como fue El Olivar. Luego de los incendios, en una columna en este mismo espacio, manifesté que teníamos la oportunidad como región de honrar a las víctimas y sus familias, construyendo una nueva población desde las cenizas, con un Estado que pudiera articularse con la enorme solidaridad evidenciada por la ciudadanía. Estaba el contexto para edificar un nuevo estándar de casas, inspiradoras en lo estético y ar-

quitectónico, manteniendo la dignidad con materiales constructivos que hoy son muy diferentes en calidad y funcionalidad a los que se ocuparon cuando se levantó El Olivar. Era lo menos que como país y región podíamos entregar.

En esa columna, proyectaba que debido a lo significativo de los hechos, al ritmo de una reconstrucción que trajera esperanza a los sobrevivientes, se pudiera también levantar un hito conmemorativo que permitiera no olvidar la gravedad de los eventos y diera a las futuras generaciones, que todos los días transitan por el Troncal urbano, la posibilidad de mantener presente a los que habían partido: adultos mayores que tenían movilidad reducida, personas discapacitadas, migrantes, héroes anónimos que fallecieron ayudando a sus vecinos a escapar del infierno y muchas amadas mascotas.

Cuesta asimilar que después de todo lo vivido por un número considerable de residentes de El Olivar, como lo han informado reportes periodísticos de *El Mercurio de Valparaíso*, menos del 1% de las viviendas han sido reconstruidas. Eso es indolencia. Un año después de la tragedia, los sobrevivientes deben enfrentarse a un Estado inmisericorde, siendo testigos de autoridades que se recriminan, otros que pierden su empleo por los medios y algunos que no dudan en hacer publicaciones en redes sociales, como si la compulsión de la “política en vivo” agilizará las soluciones que esperan más de 1.100 familias sin casas.

Cuando una institucionalidad no está preparada para entregar respuestas a ciudadanos que no estaban en una situación de toma o de asentamiento irregular, algo muy malo pasa en nuestro país. Sobre todo, si nuestro territorio está sujeto a los desastres. En tanto, cuando se apuesta al olvido como solución definitiva, a la pérdida de interés de la agenda nacional frente a este doloroso episodio y a mirar para el lado como solución estratégica, estamos dinamitando la confianza en la democracia.

Es de esperar que, para esta primera conmemoración, los indolentes puedan recapacitar y presenten los más inspirados proyectos habitacionales que requieren nuestras derruidas ciudades, como soluciones a concretar este 2025. ⇄